

María Joao das Neves

Diótima de Mantinea en la voz de María Zambrano

El texto sobre Diótima, metafóricamente cargado, nos aparece con una estructura enlazante y repetitiva, en la que los símbolos se van sucediendo unos a otros, reafirmando mutuamente su significado. Es un escrito al modo de la fuga, donde el mismo motivo se escucha en las distintas voces, ahora abajo, ahora arriba, ahora verticalmente, en una arquitectura barroca interminable. Lo que aquí se propone, sin pretensiones de agotar este texto, es intentar escuchar, introduciendo el tritono de estudiosos del simbolismo -Cirlot, Jung, Guénon-, importantes referencias zambranianas, lo que en éste nos habla.

Empieza Diótima diciendo: «Y ahora, ¿quién deshojará la rosa sobre mí?»¹. Y nos preguntamos qué habrá ocurrido «antes» para que justo «ahora» sea preciso que deshojen una rosa sobre ella. Y ¿por qué una rosa y no cualquier otra flor? De acuerdo con Cirlot² la rosa representa simbólicamente la finalidad, el logro absoluto, la perfección y, por otro lado, el centro místico o corazón. La rosa mística es también identificada con un *mandala*, por su disposición de

pétalos, que recuerdan la cuadratura del círculo. Jung³ añade que la sangre de color rosado, a la que se refieren los alquimistas, expresa «la fuerza curativa, es decir, totalizadora de un cierto *Eros*»⁴; esta sustancia anímica tendría, pues, un poder unificador.

Recordemos que la primera noticia que tenemos de esta sacerdotisa de Mantinea es el discurso de Sócrates en *El Banquete*, discurso que versaba exactamente sobre el semidiós *Eros*. Ahora que está a punto de descender al mundo de los recién muertos, Diótima necesita que la lloren y deshojen sobre ella la rosa, desmembrando todo lo que ha alcanzado durante la vida, todas las finalidades que la rigieron, todos los objetivos, todos los deseos. Solo así su alma descubrirá el camino por donde seguir, encontrándose «eróticamente» libre de los deseos de antaño.

Dice el texto que, antes,

«Me habían llevado a creer que necesitaban oírme, que les fuera trasvasando ese

Notas:

¹ María Zambrano, «Diótima de Mantinea» en *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1993, p. 189.

² Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997.

³ Jung, *Psicología y simbólica del Arquetipo*, Barcelona, Paidós, 1992.

⁴ O.c., p. 162.

Papeles del «Seminario María Zambrano»

saber que, como agua, se escapa imperceptible de toda mi persona según decían; no es una mujer, es una fuente. Y yo ...»⁵

Diótima no era sólo una mujer, ni sólo una sacerdotisa, por lo visto era también, y más que nada, una fuente, esto es, centro, origen de la actividad y de la fuerza vital. Según Jung, la fuente es símbolo del ánima como origen de la vida interior y de la fuerza espiritual. Las aguas son también el principio y el fin de todo, pues todo viviente procede de las aguas y a ellas vuelve. El ciclo fisiológico del agua muestra bien su desplazamiento por los diversos mundos y sus transformaciones en los distintos estados, desde lo más físico hasta lo más etéreo.

Diótima es, pues, una mujer-fuente. Su saber no es enseñado. Le «escapa imperceptible», como parece ser característico de toda sabiduría intuitiva, femenina; y no de su intelecto, sino de «toda su persona» -detalle que parece referirse al agua como símbolo del inconsciente, a la capacidad de captar realidades de una forma difusa, sin un enfoque predeterminado y casi sin darse cuenta.

La propia Diótima se va volviendo cada vez más hacia esa «fuente original» de donde su saber provenía, de donde lo había recibido, no de cualquier modo, sino «cayendo gota a gota»⁶. ¿Cuánto tiempo habría estado Diótima aprendiendo, si su enseñanza fue recibida gota a gota y llegó al punto de convertirse, ella misma, en fuente capaz de dar de beber a tantos otros? Algunas veces, recibiendo tan escasa bebida, se

quedó casi seca, transformándose en una «herida en la tierra que es todo manantial que ya no mana»⁷. Para ocultar esa «herida», esa salida de una fuente que se ha secado, alguien colocó «piadosamente» una «piedra blanca». La piedra es símbolo del ser, de la cohesión y conformidad consigo mismo, porque lleva en sí la unidad y la fuerza; por su naturaleza sólida y dura pero, a la vez, modificable gracias a los efectos del tiempo y de la erosión, se considera que corresponde a la primera solidificación del ritmo creador, siendo como una escultura del movimiento esencial, música petrificada de la creación⁸.

Así Diótima, cuando dejó de hablar, cuando dejó de ser bebida por los demás, se vuelve hacia dentro, sepultada en un sepulcro musical. Diótima se convierte de hablante en oyente, sin apercibirse:

«Y aquel día fui muerta y sepultada, mientras yo, sin apercibirme, atendía inmóvil al rumor lejano de la fuente invisible. Recogida en mí misma, todo mi ser se hizo un caracol marino; un oído; tan solo oía. [...] me fui volviendo oído [...] criatura del sonido y de la voz»⁹

En un escrito inédito, titulado justamente *Rumor*¹⁰, Zambrano se refiere a este sonido que no desaparece nunca, ni siquiera en los momentos que calificamos de silenciosos, pues en ellos existe siempre, al menos, una vibración en el aire. Entonces coloca la hipótesis de que sea el

Notas:

⁵ María Zambrano, *ibid.*

⁶ O.c., p. 190.

⁷ *Ibid.*

⁸ Vid. Cirlot, o.c.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Depositado en la Fundación María Zambrano, M. 68.

oído, órgano que considera el «privilegiado» del alma humana, el que transforme la vibración, por sí misma inaudible, en rumor, y en momentos que adjetiva igualmente de «privilegiados» en música.

A la luz de este texto parece ser que Diótima cierra sus sentidos al exterior, transformando su propio cuerpo en su sepulcro, sordo y ciego para las cosas del mundo, pero apurado hacia su espacio interior, el cual parece dotado de voz, una voz que comienza a escucharse sólo como un rumor: ese rumor de la fuente originaria, metáfora del ser del hombre al cual hay que escuchar para transcurrir bien por la vida.

Al considerar el oído como órgano privilegiado del alma humana, Zambrano coincide con las investigaciones de Schneider según las cuales para la alta mística antigua «el son es el plano perceptible más transcendental y la oreja el órgano esencial de la percepción mística»¹¹. En este caso, «el plano acústico de una palabra importa más que su significado semántico, cuya precisión responde a un plano paralelo, pero inferior al puramente musical»¹².

La superioridad del plano musical respecto al plano semántico se debe al hecho de que «los sentidos determinados del lenguaje petrifican los varios matices del símbolo sonoro. El lenguaje disuelve la unidad del ritmo -símbolo sonoro y polirrítmico- en varias palabras aisladas y monorrítmicas»¹³. Schneider nos dice que es como si pretendiéramos separar los colores de una llama, el azul por un lado, el amarillo, el rojo por otro, en vez de tomarlos como una uni-

dad. La música tiene la capacidad de expresar las cosas en su unidad, sin necesidad de separarlas o subdividir las, porque -al contrario de los conceptos, que poseen una naturaleza estática que pretende fijar aquello a que se refieren, olvidando que apenas han tenido acceso a un momento de su referente- la música, por su estructura temporal, puede expresar las cosas en su ir haciéndose.

La música es también, para Zambrano, donde mejor se conserva la unidad, una unidad constituida por diversos instantes que podrían, organizados de otra forma, dar lugar a una unidad totalmente distinta. Lo importante es que, en cada obra musical, las diversas notas se requieren unas a otras, formando parte de un proceso que, aunque no esté predeterminado, una vez constituido es un todo, de tal forma que Zambrano nos dice: «Es una cuestión de oído, una virtud musical la del sabio; es una actividad incesante que percibe y es un continuo acorde»¹⁴.

Muy coherentemente, cuando Diótima rechaza la claridad y se queda completamente sola, en la más profunda oscuridad, es cuando empieza a sentir, según dice,

«[...] el nacimiento de la música [...] es el día en que comencé a morir, oía dentro de mí la vieja canción del agua [...] todavía no nacida, confundida con el gemido de lo que nace;

Notas:

¹¹ Schneider, *El origen musical de los animales-símbolos en la Mitología y la Escultura Antiguas*, Madrid, Siruela, 1998, p. 154.

¹² O.c., p. 153.

¹³ Ibid.

¹⁴ María Zambrano, *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid, Teorema, 1992, p. 45.

[...] me sentí acunada por este lloro que era también como tan lejos y en mí, porque nunca nada era mío del todo»¹⁵.

Y sobre la posesión añade:

«La música no tiene dueño. Pues los que van a ella no la poseen nunca. Han sido por ella primero poseídos, después iniciados. Yo no sabía que una persona pudiera ser así, al modo de la música que posee porque penetra mientras se desprende de su fuente, también en una herida»¹⁶

Según Zambrano la música nace del gemido y del llanto¹⁷ y su origen es el infierno¹⁸, zona de entrañas y oscuridad. La propia respiración de cualquier viviente es gobernada por una víscera -el corazón- que late a un cierto ritmo, es decir, la vida misma tiene en su base la música a través de algo tan sencillo como el latir del corazón. Por interferir directamente con el ritmo vital, la música posee a aquellos que acuden a ella, penetra en lo más hondo influyendo en los estados de ánimo. Esta capacidad de encantar, casi de hechizo, de la que tenemos

manifestación en tantas celebraciones rituales de civilizaciones consideradas primitivas, ilustra bien la función de la música como camino iniciático. En Occidente tenemos varias manifestaciones de la presencia de un *logos* musical, como el de Heráclito o el de los pitagóricos -en ambos casos se considera que el ritmo, el número y la música son esenciales para llegar a penetrar en los misterios profundos del universo.

Diótima se va convirtiendo así en criatura del sonido y, por ello, no puede escribir; lo que le es natural es hablar y «como todas las cosas que se hacen según la naturaleza, tenía sus eclipses, sus interrupciones. La palabra misma es discontinua»¹⁹. La discontinuidad parece ser una de las principales notas del método zambraniano: «Mas lo que se vislumbra, se entrevé o está a punto de verse, se da aquí en la discontinuidad»²⁰.

Diótima, criatura casi del mundo natural, posee esta capacidad de captar realidades que están a punto de ser, posee una extraña sensibilidad hacia lo fragmentario y lo evanescente, y esto se debe, según ella misma, a que nunca ha pensado, es decir, nunca intentó formar palabra, nunca se sometió a ninguna lógica. Sus movimientos han sido siempre «atraídos invisiblemente como las mareas»²¹, y la reguladora de las mareas es, como se sabe, la luna -la misma luna que Diótima ve «dormida pero no en sueños, en ese espacio donde las cosas son

Notas:

¹⁵ María Zambrano, «Diótima de Mantinea», ed. cit., p. 196.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Vid. *El hombre y lo divino*, Madrid, FCE, 1993, p. 108.

¹⁸ O.c., p. 109.

¹⁹ María Zambrano, «Diótima de Mantinea», ed. cit., p. 190.

²⁰ María Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 14.

²¹ María Zambrano, «Diótima de Mantinea», ed. cit., p. 196.

enteramente lo que son, en una claridad sin resto de opacidad»²². La luna es, simbólicamente, la señora de las mujeres, afecta tal como a las mareas su ciclo fisiológico. La luna y su luz fría es tomada como guía del lado oculto de la naturaleza. Es una duplicación de la luz solar, un reflejo, es decir, una luz que no es luz por sí misma, pero que la recibe de una forma pasiva; por eso representa la pasividad, lo femenino, con toda su carga de saber intuitivo. La luna se ve en la noche, en este estado de oscuridad ambivalente que puede ser protectora y maternal o, inversamente, ocultadora de peligros insospechados. El propio tono lívido de la luz de la luna aumenta esta ambigüedad: muestra semivelando. Nos dice Diótima:

«En ese medio de visibilidad (las cosas) ni se mueven ni están quietas, no sufren estado alguno, son. Respiran en la luz, en una luz que no vibra ni por ello está muerta»²³

¿Qué quiere decir no sufrir ningún estado? No ser manifestación, no ser fenómeno, no estar sucediendo: ser una y enteramente como el ser de Parménides.

Diótima es también la madre de las almas que en ella se hunden cuando se quedan sin cuerpo. Pero no de todas las almas, apenas de las de «aquellos que no habían tenido nombre»²⁴, y este no tener ni siquiera nombre ocurre cuando las almas «no han sostenido la carga del destino

que sobre ellas pesaba, ni recogido los dolores de las entrañas que estaban a su cuidado»²⁵. Pues la exigencia zambraniana es de que el hombre aguante con su destino o, lo que es lo mismo, se pueda mantener en sus pies sin disimulaciones. Esto implica, claro está, un esfuerzo de voluntad, un aplicar tiempo de la vida en conocerse, en conocer ese ser interior que estamos siendo y que se va haciendo a medida que caminamos por nuestra vida. Si se pasa por la vida sin saber quién se es, sucede como a Edipo, que, porque no se reconoce, no sabe su nombre ni sabe, realmente, quién es, se queda ciego y comete el peor de los crímenes. Estas almas que no han vivido su historia en la vida, tampoco tienen hogar en el país de los muertos. Son estas almas tan débiles las que recurren a Diótima.

Bajo el peso de tantos muertos, Diótima se hunde más y más en sí misma, volviéndose cada vez más oscura. Si ya anteriormente se reconocía como «madre de las almas», reafirma en la oscuridad su naturaleza maternal: Se desplaza a un estado anterior al de la diferenciación de los entes, vuelve al caos primigenio que se suele identificar con la nada mística. Se adentra hacia los orígenes, hacia las tinieblas anteriores a la diferenciación entre luz y sombras, que posteriormente asumirán un significado moral. Y desde ahí, su «alma anónima sostenía a aquellas almas en medio despertar que ardían ya, con esa luz que sale del alma que comienza a arder en su propio fuego, que comienza a reducirse a su vida indestructible»²⁶. Dice Zambrano que «despertar, como reiteración del nacer, es encontrarse dentro del amor y, sin salir de él, con la presen-

Notas:

²² Ibid.

²³ O.c., p. 193.

²⁴ O.c., p. 191.

²⁵ Ibid.

²⁶ O.c., p. 192.

²⁷ María Zambrano, *Claros del bosque*, ed. cit., p. 27.

cia de la verdad, ella misma»²⁷. Despertar es encontrarse ante sí mismo, sin imágenes previamente construidas. Es ser capaz de vivir el instante del momento presente, el ahora del espacio-tiempo: «Un despertar sin imagen, así como debemos estar cuando todavía no hemos aprendido nuestro nombre, ni nombre alguno»²⁸. Si no se ha aprendido todavía nombre alguno, no se está atado a ningún concepto que viva bajo el nombre. Se trata, nuevamente, de un estado preexistente al de la individuación, y la fuente de la vida, Diótima, mujer-fuente, sigue alimentando ocultamente estas almas, sigue manteniéndolas anónimamente, sin que su función llegue nunca a ser sabida, reconocida. Estas almas «en medio despertar» empiezan a «arder en su propio fuego», es decir, empiezan a transformarse y a adquirir visión dada la presencia de la luz. El fuego es el elemento que mejor preconiza la transformación y regeneración. Por eso Heráclito lo eligió como símbolo del permanente devenir y como armonía de los contrarios, pues su presencia crea y destruye a la vez. Las cenizas de donde nace son negras, oscuras. Sin embargo, el fuego en sí mismo es luz y calor; luz que posibilita la visión, el conocimiento, y calor, señal de la vida en el cuerpo. Pero estas almas, entidades sin cuerpo que arden en su propio fuego, se autoalimentan habiendo iniciado así el recorrido de la vida interminable.

Diótima, mujer-fuente que las mantiene, tiene entonces un sueño: sueña con una serpiente casi blanca que no es mala, ni trae veneno. A pesar de todo, tiene que vencer el miedo a volverse mala para permitir que el alma de la serpiente suba al lado de las otras. La serpiente es símbolo de la energía, de la fuerza todavía no direccionada que puede, por esta misma razón,

asumir comportamientos ambivalentes. Zambrano, en *Notas de un método*, expresa esta naturaleza ambivalente de la serpiente cuando nos dice:

«¿Y esa capacidad de soltarse y abrirse en espiral, y la falacia de extenderse apegada a la tierra, como si solo fuese un siervo fiel de ella que sigue sus modulaciones, sus accidentes; desprovisto, pues, de ritmo propio?»²⁹

Estar desprovisto de ritmo propio da lugar, en el entender de Zambrano, a la más veraz servidumbre, que consiste en, habiéndose vaciado de su propio ritmo, seguir el de su señor. Dicha actitud es particularmente mediocre, además de peligrosa, por tratarse de una energía sin voluntad propia y sin ningún tipo de consistencia ética, siendo capaz de moldearse, de configurarse según lo que en la vida se le plantee. En portugués existen, por lo menos, dos expresiones para referirse a personas con estas características: «cambia por donde le da el viento», «baila según la música que le pongan». Esta falta de un núcleo, de un centro en el que recogerse, imposibilita la vivencia de la intimidad, ese estar a solas consigo mismo, condición *sine qua non* de quien quiere ser *persona* -nombre que recibe en la filosofía zambraniana el ser humano que se esfuerza por vivir desde sí mismo, de acuerdo con su verdad interior.

La importancia de este encuentro estriba, entonces, en la decisión de aceptar recibir el

Notas:

²⁸ O.c., p. 21.

²⁹ María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 41.

alma de la serpiente, siendo consciente de todos estos peligros; Diótima corre todos los riesgos, no se protege, no se salvaguarda: ante el miedo, ante la posibilidad maléfica de la serpiente, vence la piedad. La piedad -la capacidad de tratar con lo diferente, con lo absolutamente otro, de una forma adecuada- vence al temor.

Desde entonces, unas veces dormida, otras despierta, Diótima empezó a ver de modo distinto. Y lo primero que veía era un árbol, más precisamente un pino del mar en medio de las columnas de un templo. Si es significativo que viera un árbol y no otra cosa cualquiera, más todavía lo es el modo de esa visión:

«Y lo vi sin mirarlo en un medio diverso del aire, más transparente y fluido; era el medio propio de la visión, el medio donde las cosas no se nos aparecen nunca. Y la diferencia era tal como si hasta entonces lo hubiese visto solo de bulto. No era más real por eso, era simplemente verdadero. Era el árbol solo y único, era de verdad y estaba aquí; esto es lo más difícil de poner en palabras»³⁰

¿Qué quiere significar este otro medio de visibilidad? Parece que Diótima hubiera alcanzado la mirada inteligible, una contemplación directa de las ideas como pretendía Platón: ver en el medio de la verdad. Ver en un medio donde no hay diferencia entre el ver y lo visto; haber

alcanzado un estado donde la constante dicotomía obstaculizante del conocimiento, la separación sujeto-objeto, no produjera distorsiones. Un acceder, pues, a las cosas mismas, no mediadas por un modo de percepción.

En ese medio ve el árbol «solo y único», es decir, la propia idea del árbol. Mas ¿por qué un árbol es lo que se encuentra en este medio de contemplación verdadero? Son numerosos los estudios sobre el arquetipo árbol -Jung, por ejemplo, analiza decenas de dibujos realizados por sus enfermos; pero no cabe aquí hablar tan ampliamente. De una forma general, el árbol es el símbolo del cosmos, de la vida inagotable y prolija -según Elíade equivale a la vida sin muerte, esto es, a la realidad absoluta, al centro del mundo. Por su forma vertical este centro se transforma en eje que une los tres mundos: el inferior o infernal, el central, terrestre o de la manifestación, y el superior o celeste.

Después Diótima vió al modo de ver del poeta; y este modo de ver era como si estuviera bajo el agua. Según Cirlot, «la inmersión en las aguas significa el retorno a lo preformal, con su doble sentido de muerte y disolución, pero también de renacimiento y nueva circulación, pues la inmersión en las aguas multiplica el potencial de la vida»³¹. De nuevo Diótima aparece en ese momento anterior al proceso de separación de las cosas del caos inicial. Por otro lado, se vuelve a destacar la presencia del ritmo: las imágenes bajo el agua variaban de luz y de intensidad, pero partían de una imagen modelo que luego «daba origen a varias imágenes fragmentarias que se desvanecían. Algunas se repetían siempre; otras eran cosa de un instante, ¡cuántos ritmos extraños!»³².

Notas:

³⁰ María Zambrano, «Diótima de Mantinea», ed. cit., p. 193.

³¹ Cirlot, o.c., p. 69.

³² María Zambrano, o.c., p. 194.

El ritmo aparece una vez más como elemento fundamental, primigenio, participante de todas las cosas. El ritmo es música y la música es un arte que se realiza en el tiempo. Necesita del tiempo como elemento donde vivir, así como el pez necesita del agua. Diótima, criatura del sonido, empieza entonces a «respirar en el tiempo [...] hasta entrarme en su corazón»³³, y, al penetrar en el corazón del tiempo, penetró en todas las cosas, pues «no hay cuerpo, no hay materia alguna enteramente desprendida del tiempo»³⁴. El tiempo es, pues, condición de la vida. Llegar a ser coincide con empezar a latir desde un ritmo propio, empezar a caminar por su tiempo.

Diótima puede sentir otros espacios y otros tiempos, como el de los sueños, por ejemplo; puede también adentrarse tanto en el silencio que llega a sentir «las puras vibraciones del corazón de los astros, de las plantas y de las bestias»³⁵, confirmándose que, cada vez más, se vuelve oído.

El último hallazgo de Diótima en este texto es una huella, una huella en forma de pez. El pez es, para Schneider, el barco místico de la vida, el huso que hila el ciclo de la vida siguiendo el zodíaco. Simbólicamente el pez aparece muchas veces como ser psíquico y como fuerza ascensional desde el dominio inconsciente. Como último signo del zodíaco representa la destrucción y el renacimiento.

Diótima se va quedando, en la orilla, «abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin

más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida, noche yo misma»³⁶. Ella es como la guardiana del tiempo y de la música originaria. Allí, porque escogió la oscuridad como parte, para hacer «cómo la tiniebla que da a luz la claridad que la hace sucumbir»³⁷. Ésta es, pues, su posición: Madre, origen anterior a la separación entre luz y sombras, y anterior a la diferenciación de los ritmos y sonidos; ella es potencia, toda *Eros*, toda tensión a punto de realizarse.

Notas:

³³ O.c., p. 197.

³⁴ Ibid.

³⁵ O.c., p. 199.

³⁶ O.c., p. 201.

³⁷ O.c., p. 198.